

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL  EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum  Non praevalent

Año LIV, número 17 (2.766)

Ciudad del Vaticano

29 de abril de 2022



La paz es posible

El Papa en el Regina Caeli: «Es triste que se escuche más el estruendo mortal de las armas que el sonido de las campanas que anuncian la Resurrección»

(Thomas Peter / Reuter)

EN ESTE NÚMERO

Editorial del director

Si perdemos las lágrimas

ANDREA MONDA EN PÁGINA 3

Entrevista del Papa al periódico argentino «La Nación»

«Dispuesto a hacer todo para frenar la guerra»

PÁGINA 3

La homilía del Pontífice durante la Santa Misa en la basílica de San Pedro

El perdón y la paz

PÁGINA 4

Francisco en el Congreso Internacional de Solidaridad promovido por los trinitarios

Liberar a los hombres, mujeres y niños esclavizados

PÁGINA 5

La prefación del Papa al libro-entrevista del card. Rodríguez Maradiaga sobre la «Praedicate Evangelium»

Lo importante es la renovación de la mente y del corazón de las personas

PÁGINA 6

¿En post-pandemia y post-guerra saldremos mejores o peores?

Un interrogante planteado entre dos pentecostés

PÁGINA 8

La 4ª sesión del Consejo de cardenales

El 25 de abril, en presencia del Papa Francisco, comenzó la 4ª sesión del Consejo de cardenales, la primera desde la publicación de la constitución apostólica *Praedicate Evangelium*. Así lo ha anunciado la Oficina de Prensa de la Santa Sede. Estuvieron presentes en la reunión los cardenales Giuseppe Bertello, Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga, Reinhard Marx, Sean Patrick O'Malley, Oswald Gracias, Fridolin Ambongo Besungu, junto con el secretario del Consejo, Mons. Marco Mellino. El cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado, estuvo ausente por compromisos institucionales en México. Tras la oración, el cardenal Rodríguez Maradiaga, coordinador, dirigió un saludo al Pontífice y a los miembros del Consejo. A continuación, se abrió la reflexión sobre la guerra en Ucrania y la consiguiente situación sociopolítica, eclesial y ecuménica. El Papa informó sobre las diversas iniciativas tomadas por él, el Secretario de Estado y la Secretaría de Estado para perseguir la paz. A continuación, un momento de reflexión. Los miembros del Consejo apoyaron y animaron al Pontífice en sus incansables esfuerzos por resolver el conflicto actual. A continuación, cada cardenal presentó la situación sociopolítica y eclesial de su continente de origen, profundizando en los temas de la paz, la salud, la pobreza, las situaciones políticas frágiles y los problemas pastorales de las Iglesias locales. En la sesión matutina del martes 26, el Consejo debatió el tema del cambio climático y la COP 27, que se celebrará en

Egipto en noviembre de 2022. En torno a la pregunta «¿podemos, como Iglesia, junto con otras confesiones y religiones, dar voz a estas preocupaciones?», el cardenal Ambongo Besungu analizó la situación mundial, las necesidades y las expectativas para la COP 26 de Glasgow, con una mirada especial a las preocupaciones de los países pobres de Asia, América Latina, África y Oceanía. En la sesión de la tarde del martes, el Consejo continuó su estudio, iniciado en la sesión del pasado febrero, sobre el tema de la mujer en la Iglesia, con un informe desde la perspectiva pastoral de la hermana Laura Vicuña, mujer indígena de la Amazonia (Brasil) y miembro de una congregación de la Familia Franciscana. A continuación se produjo un debate entre los miembros del Consejo y la relatora. En la sesión del miércoles 27, continuó la reflexión sobre el tema del servicio diplomático de la Santa Sede y el papel y las actividades de los nuncios apostólicos, introducida por un informe del cardenal Gracias, seguido de un debate. El último tema abordado fue el de las indicaciones relativas a la constitución apostólica *Praedicate Evangelium* en la Curia Romana, sugiriendo un posible proceso de acciones para acompañar la implementación de la nueva legislación, incluyendo una evaluación de los pasos dados y de los desafíos que deben ser asumidos. El miércoles, la reunión terminó con la oración del Regina Caeli. La próxima reunión tendrá lugar en junio.

El cardenal Parolin en México por los treinta años del restablecimiento de relaciones diplomáticas

El nuncio apostólico es un constructor de puentes

Los de hoy son «tiempos desafiantes», marcados «por varias ideologías y los intereses de diversa índole que parecen querer suplantarlo los verdaderos valores evangélicos». Incontables hombres y mujeres «siguen sufriendo a causa de la discriminación, de la corrupción y de la falta de justicia. Rostros, todos ellos que, particularmente estos días, hemos podido ver reflejados en el Rostro del Crucificado». Lo subrayó el cardenal Pietro Parolin durante la concelebración eucarística presidida el lunes 25 de abril por la tarde, en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, en Ciudad de México, con ocasión de la apertura de la asamblea plenaria de los obispos y del encuentro eclesial del país latinoamericano.

Entre los concelebrantes, monseñor Rogelio Cabrera López, arzobispo de Monterrey y presidente de la Conferencia episcopal mexicana, y el cardenal Carlos Aguiar Retes, arzobispo de México.

Llegó para visitar el país el jueves 21, para las celebraciones del 30º aniversario del restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Santa Sede, el secretario de Estado celebró la misa en la basílica mariana en la capital, ofreciendo a los presentes una reflexión inmersa en la vida cotidiana de las comunidades y de las personas. «El Señor —dijo— nos llama a asumir compromisos, a reforzar la unidad en todos los ámbitos de nuestra vida, para lograr mirar y tomar opciones útiles y eficaces al fin de alcanzar al bien común».

El purpurado hizo notar que la pertenencia a la Iglesia no excluye a la de la comunidad civil. Se trata de una realidad que no puede «no movernos a mirar y a considerar con atención y determinación el presente y el futuro», para ofrecer a todos «los frutos de nuestra fe y de nuestra esperanza, de nuestro compromiso y de nuestro cansancio, de nuestra coherencia y de nuestra fidelidad»: en una palabra, «nuestro ser verdaderamente misericordiosos para el ser humano y para el mundo entero».

Recordando el mandato que el Señor encomendó a sus discípulos de ir por todo el mundo a proclamar la buena noticia a toda criatura, el purpurado subrayó que se debe anunciar a Jesús Cristo resucitado, camino, verdad y vida, no solo en Jerusalén, ni solo en el propio ambiente o territorio, sino a todos y por todos lados; también ahí, sobre todo, donde están hoy los hombres y las mujeres más necesitados. Es necesario «salir al encuentro de todos —añadió— al estilo de Dios, esto es, —como recuerda San Pedro—, revestidos de humildad y gracia». De aquí la invitación a humillarse bajo la mano poderosa de Dios, a encomendarle a Él toda preocupación. Como los apóstoles que, «comprendiendo la voluntad del Resucitado, la acogieron y salieron a predicar sostenidos por la gracia del Señor que confirmaba su palabra con las señales que acompañaban el anuncio». También hoy, cuando «la fatiga y el dolor tocan con fuerza a las puertas de la vida —aseguró Parolin— es y será el Señor quien nos consuele, quien nos dé la fuerza para salir, caminar y para ir siempre hacia adelante».

El día anterior, domingo 24, fiesta de la Divina misericordia, el secretario de Estado había celebrado la misa en la catedral de la capital mexicana. En esa ocasión había invitado a dejarse llenar de la paz de Cristo y abrazarse por la infinita misericordia del Padre. El cardenal hizo notar que Cristo invita, más aún, «nos suplica que miremos y tratemos al mundo y a todo ser humano con verdadero amor», ser «misericordiosos con todos y con cada uno; que aprendamos a perdonar». Misericordia, amor, perdón, sin cerrar los ojos frente a la injusticia ni tratar de quedar bien «con quienes buscan sus propios intereses personales, ideológicos o de grupo». No se trata de hecho de renunciar «a la propia capacidad de análisis crítico, ni de abstenerse de denunciar aquello que es injusto o dañino»; se trata más

SIGUE EN LA PÁGINA 8

En el Regina Caeli el Papa pide que se detenga la guerra que inició hace dos meses en Ucrania

La gente quiere la paz

Renovación del llamamiento por una tregua pascual

«Renuevo mi llamamiento a una tregua pascual, una señal mínima y tangible de deseo de paz». Durante la oración del Regina Caeli del domingo de la Divina Misericordia, el Papa Francisco pidió que se detenga la guerra que inició hace dos meses en Ucrania. Con las más de cuarenta mil personas presentes en la plaza de San Pedro, el Pontífice rezó por la paz dirigiéndose a los líderes políticos para que «escuchen la voz del pueblo, que quiere la paz, no una escalada del conflicto». Francisco propuso una meditación sobre el pasaje del Evangelio de Juan (20, 19-29) recordando que «Jesús es el Señor de las "otras oportunidades"». A continuación la meditación del Papa.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! Hoy, último día de la Octava de Pascua, el Evangelio nos relata la primera y segunda aparición del Resucitado a los discípulos. Jesús viene en Pascua, mientras los Apóstoles están encerrados en el cenáculo, por miedo, pero como Tomás, uno de los Doce, no está presente, vuelve ocho días después (cf. Jn 20,19-29). Centrémonos en los dos protagonistas, Tomás y Jesús, mirando primero al discípulo y luego al Maestro. Es un bonito

nos de esto. Al contarnos la historia de Tomás, de hecho, el Evangelio nos dice que el Señor no busca cristianos perfectos. Yo les digo: tengo miedo cuando veo a algún cristiano, a alguna asociación de cristianos que se creen perfectos. El Señor no busca cristianos perfectos; el Señor no

Renuevo mi llamamiento a una tregua pascual, una señal mínima y tangible de deseo de paz. Que se detenga el ataque, para ayudar al sufrimiento de la población agotada

busca cristianos que nunca duden y siempre hagan alarde de una fe segura. Cuando un cristiano es así, hay algo que no funciona. No, la aventura de la fe, como para Tomás, está hecha de luces y sombras. Si no, ¿qué tipo de fe sería? Conoce momentos de consuelo, impulso y entusiasmo, pero también de cansancio, pérdida, dudas y oscuridad. El Evangelio nos muestra la "crisis" de Tomás para decirnos que no debemos temer las crisis de la vida y de la fe. Las

19.26). Una primera vez, y una segunda, ocho días después. Jesús no se rinde, no se cansa de nosotros, no tiene miedo de nuestras crisis y de nuestras debilidades. Él siempre vuelve: cuando se cierran las puertas, vuelve; cuando dudamos, vuelve; cuando, como Tomás, necesitamos encontrarlo y tocarlo más de cerca, vuelve. Jesús siempre vuelve, siempre toca la puerta, y no vuelve con signos poderosos que nos harían sentir pequeños e inadecuados, incluso avergonzados, sino con sus llagas; vuelve mostrándonos sus llagas, signos de su amor que se ha casado con nuestras fragilidades. Hermanos y hermanas, especialmente cuando experimentamos cansancios o momentos de crisis, Jesús, el Resucitado, desea volver para estar con

a Él, a su perdón —¡Él siempre perdona, siempre!—, regresar a esas llagas que nos han curado. De este modo, también seremos capaces de compasión, de acercarnos sin rigidez ni prejuicios a las llagas de los demás. Que la Virgen, Madre de la Misericordia, —me gusta pensar en ella como la Madre de la Misericordia el lunes después del Domingo de la Misericordia—, nos acompañe en el camino de la fe y del amor. Después de la oración del Regina Caeli y la bendición, el Papa Francisco renovó el llamamiento por una tregua pascual en Ucrania, en el día en el que se celebra la Pascua según el calendario juliano. Estas son las palabras para pedir el final de la guerra.

Queridos hermanos y hermanas: En la actualidad, varias iglesias orientales, católicas y ortodoxas, y también varias comunidades latinas, celebran la Pascua según el calendario juliano. Nosotros la hemos celebrado el domingo pasado según el calendario gregoriano. Envío a ellos mis mejores deseos: ¡Cristo ha resucitado, ha resucitado de verdad! Que Él colme de esperanza las buenas expectativas de los corazones. Que Él done la paz, ultrajada por la barbarie de la guerra. Hoy se cumplen dos meses del inicio de esta guerra: en lugar de detenerse, la guerra se ha intensificado. Es triste que en estos días, que son los más santos y solemnes para todos los cristianos, se escuche más el estruendo mortal de las armas que el sonido de las campanas que anuncian la Resurrección; y es triste que las armas sustituyan cada vez más a la palabra. Renuevo mi llamamiento a una tregua pascual, una señal mínima y tangible de deseo de paz. Que se detenga el ataque, para ayudar al sufrimiento de la población agotada; hay que parar, en obediencia a las palabras del Resucitado, que el día de Pascua repite a sus discípulos: "¡La paz esté con ustedes!" (Lc 24,36; Jn 20,19,21). Pido a todos que aumenten sus oraciones por la paz y que tengan el coraje de decir, de manifestar que la paz es posible. Líderes políticos, por favor, escuchen la voz del pueblo, que quiere la paz, no una escalada del conflicto. El Papa finalmente dirigió unas palabras de saludo y de aliento a las diferentes realidades. Con un pensamiento y una oración particular para Camerún.

En este sentido, saludo y agradezco a los participantes en la extraordinaria Marcha Perugia-Assisi por la Paz y la Fraternidad, que se celebra hoy; así como a todos los que se han unido para dar vida a manifestaciones similares en otras ciudades italianas.



Hoy los obispos de Camerún y sus fieles realizan una peregrinación nacional al santuario mariano de Marienberg, para volver a consagrar el país a la Madre de Dios y ponerlo bajo su protección. Rezan en particular por el retorno de la paz a su país, desgarrado por la violencia en varias regiones desde hace más de cinco años. Junto con nuestros hermanos y hermanas de Camerún, elevemos también nuestra oración para que Dios, por intercesión de la Virgen María, conceda pronto una paz verdadera y duradera a este querido país. Saludo a todos ustedes, romanos y peregrinos que han venido de Italia y de muchos otros países. En particular, saludo a los polacos, con un pensamiento para sus compatriotas que celebran la "Jornada del Bien" promovida por Cáritas, y también para las víctimas de los accidentes en

las minas. Saludo a los fieles de Milán, Faenza, Verolanuova, Nembro y a los voluntarios de la Orden de Malta de Vicenza. Un saludo especial a la peregrinación de jóvenes confirmandos de la diócesis de Piacenza-Bobbio, acompañados por su obispo, así como a los confirmandos de Mondovì, Almenno San Salvatore, Albegno, Cazzago San Martino y Alta Padovana, y también al grupo de Sant'Angelo Lodigiano y a los monaguillos de Spirano. Saludo a los devotos de la Divina Misericordia reunidos hoy aquí, en la Iglesia-Santuario de "Santo Spirito in Sassia"; y a los participantes en el Camino desde la "Sacra di San Michele" hasta el "Monte Sant'Angelo". ¡Buen domingo a todos! Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

Pésame del Pontífice por la muerte del cardenal Amigo Vallejo

El Papa envió un telegrama de pésame a monseñor José Ángel Saiz Meneses, arzobispo de Sevilla, por la muerte del cardenal Carlos Amigo Vallejo, fallecido el 27 de abril. Publicamos el texto del telegrama.

Al recibir la noticia del fallecimiento del cardenal Carlos Amigo Vallejo, O.F.M., arzobispo emérito de Sevilla, expreso mis condolencias a su excelencia, al clero, consagrados y fieles laicos de esta Iglesia particular, así como a sus hermanos en la orden de frailes menores, a sus familiares y a la Iglesia de Tànger, en la que también sirvió como pastor. Asimismo, recordando a este abnegado prelado que durante años y con fidelidad entregó su vida al servicio de Dios y de la Iglesia, ofrezco sufragios por el eterno descanso de su alma, para que el Señor Jesús, por intercesión de Nuestra Señora de Montserrat, le otorgue la corona de Gloria que no se marchita. Y, como signo de esperanza cristiana en el Señor Resucitado, imparto la bendición apostólica.

FRANCISCO



diálogo el que tienen estos dos. En primer lugar, el apóstol Tomás representa a todos nosotros, que no estábamos presentes en el cenáculo cuando el Señor se apareció y no hemos tenido otras señales o apariciones físicas de Él. También a nosotros, como aquel discípulo, a veces nos resulta difícil: ¿cómo podemos creer que Jesús ha resucitado, que nos acompaña y es el Señor de nuestras vidas sin haberlo visto, sin haberlo tocado? ¿Cómo podemos creer esto? ¿Por qué el Señor no nos da algún signo más evidente de su presencia y de su amor? Alguna señal que yo pueda ver mejor... Aquí, nosotros también somos como Tomás, con las mismas dudas, los mismos razonamientos. Pero no debemos avergonzar-

crisis no son un pecado, son un camino, no debemos temerlas. Muchas veces nos hacen humildes, porque nos despojan de la idea de tener razón, de ser mejores que los demás. Las crisis nos ayudan a reconocer nuestra necesidad: reavivan nuestra necesidad de Dios y nos permiten así volver al Señor, tocar sus llagas, volver a experimentar su amor, como la primera vez. Queridos hermanos y hermanas, es mejor una fe imperfecta pero humilde, que siempre vuelve a Jesús, que una fe fuerte pero presuntuosa, que nos hace orgullosos y arrogantes. ¡Cuidado con estos! Y ante la ausencia y el camino de Tomás, que a menudo es el nuestro, ¿cuál es la actitud de Jesús? El Evangelio dice dos veces que Él "vino" (vv.

nosotros. Sólo espera que lo busquemos, que lo invoquemos, incluso que protestemos, como Tomás, llevándole nuestras necesidades y nuestra incredulidad. Él siempre vuelve. ¿Por qué? Porque es paciente y misericordioso. Viene a abrir los cenáculos de nuestros miedos, nuestras incredulidades, porque siempre quiere darnos otra oportunidad. Jesús es el Señor de las "otras oportunidades": siempre nos da otra, siempre. Pensemos entonces en la última vez -hagamos un poco de memoria- cuando, durante un momento difícil o un período de crisis, nos hemos encerrado en nosotros mismos, atrincherándonos en nuestros problemas y dejando a Jesús fuera de casa. Y prometámonos, la próxima vez, en nuestro cansancio, buscar a Jesús, volver

Entrevista del Papa al periódico argentino «La Nación»
«Dispuesto a hacer todo para frenar la guerra»

«Estoy dispuesto a hacer todo para frenar la guerra». En la entrevista al periódico argentino La Nación, publicada el 21 de abril, el Papa Francisco no hizo circunloquios para reafirmar la prioridad de llegar a la paz en Ucrania.

Al periodista Joaquín Morales Solá, Francisco confirmó que «siempre hay» gestiones para llegar a la paz: «El Vaticano no descansa nunca. Los detalles no se los puedo contar porque dejarían de ser gestiones diplomáticas. Pero los intentos no cesarán nunca».

Al preguntarle respecto a la visita realizada, la mañana del 25 de febrero, a la embajada de la Federación Rusa ante la Sante Sede, en vía de la *Conciliazione*, el Papa afirmó: «Fui solo. No quise que nadie me acompañara. Fue una responsabilidad personal mía. Fue una decisión que tomé en una noche de vigilia pensando en Ucrania. Está claro para quien quiere verlo bien que estaba señalando al gobierno que puede poner fin a la guerra en el próximo instante. Para serle sincero, quisiera hacer algo para que no haya una



sola muerte más en Ucrania. Ni una más. Y estoy dispuesto a hacer todo».

Y sobre las motivaciones que han desencadenado la guerra, el Pontífice dijo: «Toda guerra es anacrónica en este mundo y a esta altura de la civilización. Por eso también besé públicamente la bandera de Ucrania. Era un gesto de so-

lidad con sus muertos, con sus familias y con los que sufren la emigración».

Además, sobre la posibilidad de un viaje suyo a Kiev el Pontífice explicó: «No puedo hacer nada que ponga en riesgo objetivos superiores, que son el fin de la guerra, una tregua o, al menos, un corredor humanitario. ¿De qué serviría que el Papa fuera a Kiev

si la guerra continuara al día siguiente?».

«¿Por qué usted no nombra nunca a Putin ni a Rusia?». A esta pregunta del periodista, Francisco respondió: «Un papa nunca nombra a un jefe de Estado ni mucho menos a un país, que es superior a su jefe de Estado».

Francisco también habló de la relación «muy buena» y de un posible encuentro con el patriarca de Moscú, Kirill.

«Lamento que el Vaticano haya tenido que levantar una segunda reunión con el patriarca Kirill, que teníamos programada para junio en Jerusalén. Pero nuestra diplomacia entendió que una reunión de los dos en estos momentos podía prestarse a muchas confusiones. Yo siempre promoví el diálogo interreligioso. Cuando era arzobispo de Buenos Aires junté en un fructífero diálogo a cristianos, judíos y musulmanes. Fue una de las iniciativas de las que me siento más orgulloso.

Es la misma política que promuevo en el Vaticano. Como usted me escuchó muchas veces, para mí el acuerdo es superior al conflicto».

Si perdemos las lágrimas

ANDREA MONDA

«Non ridere, non lugere neque detestari sed intelligere», es la célebre frase de Baruch Spinoza, que también es fácil de traducir: «No te rías, no llores ni detestes, sino (solo intenta) comprender». El gran filósofo holandés se refería a las «cosas humanas» que deberían ser objeto de comprensión, de inteligencia, de hecho, a condición de que se secara primero la emotividad. Palabras muy sabias, obviamente. Cuando se pronunciaron, quizá también fueron un grito dirigido a los contemporáneos para que dejaran la locura de la guerra incesante que en esos siglos ensangrentaba a Europa. Ese grito se ha convertido en una especie de profecía inversa en el sentido de que, por desgracia, se ha hecho realidad. El hombre contemporáneo ha eliminado lo emotivo en favor del raciona-

toral del Santuario de Nuestra Señora de las Lágrimas de Treviglio: «Nuestra civilización, nuestro tiempo, ha perdido el sentido del llanto».

También para Francisco, gran lector del novelista ruso, es muy importante el «modo»: «Creo que nosotros, nuestro tiempo -hablo en general- hemos perdido la costumbre de llorar "bien". Tal vez lloremos cuando sucede algo que nos conmueve o cuando cortamos la cebolla. Pero el llanto que sale del corazón, el verdadero llanto como el de Pedro cuando se arrepintió, como el de la Virgen». María llora y generalmente las mujeres saben llorar más que los hombres, tienen el don de las lágrimas. Porque llorar es un don, una gracia, dice el Papa: «hay que pedir la gracia de llorar ante las cosas que vemos, ante el uso que se hace de la humanidad, no sólo las guerras



Con la comunidad esrilanqués el Papa lanza un llamamiento para que se aclaren las responsabilidades de los atentados en la Pascua de 2019

Rezamos por las víctimas de la guerra y del terrorismo

El Papa Francisco ha dirigido un llamamiento a las autoridades de Sri Lanka para que «se aclaren definitivamente quiénes fueron los responsables» de los atentados de la Pascua de 2019 en los cuales murieron 269 personas. Ocasión para pedir este acto de justicia que «traerá paz» fue el encuentro del Pontífice con unos 4.000 representantes de la comunidad de Sri Lanka residente en Italia, recibidos en la mañana del lunes 25 de abril en la basílica de San Pedro. Acompañados por el cardenal Albert Malcom

Ranjith Patabendige Don, arzobispo de Colombo, y de nueve obispos, estaban presentes algunos niños que resultaron gravemente heridos en el atentado. Con ellos 41 familiares de las víctimas que mostraron al Papa las fotografías de sus seres queridos. Particularmente significativa la presencia de los representantes budistas y también musulmanes e hindúes. Esperando el encuentro con Francisco, el cardenal celebró la misa en la basílica vaticana recordando en particular a aquellos que han perdido la vida en los atentados y rezando por la paz. A continuación, las palabras del Papa.

Queridos hermanos y hermanas esrilanqueses, ¡paz a vosotros!

Os saludo con las palabras de Jesús resucitado, que han resonado en la Iglesia durante la Octava de Pascua. Habéis venido desde Roma y de diferentes lugares de Italia en peregrinación a la Tumba de San Pedro, guiados por vuestros pastores. Es un gesto de fe y es también un bonito testimonio. Os doy las gracias por esto.

El motivo que os ha convocado aquí es el aniversario de los trágicos eventos que, en el día de Pascua de 2019, sembraron muerte y terror en Sri Lanka. Hoy habéis ofrecido el Sacrificio eucarístico en sufragio de las víctimas de esos terribles atentados y habéis rezado por los que resultaron heridos - algunos de los cuales aquí presentes - y por los familiares, como también por todo el pueblo de Sri Lanka. Con todo el corazón me uno a vuestra oración.

«Paz a vosotros», repite el Señor Resucitado. Él es nuestro Salvador, ¡solo Él! Frente al horror y lo absurdo de ciertos actos, que parece imposible que sean cometidos por hombres, aparece evidente la obra del Maligno. Y entonces comprendemos porqué el Hijo de Dios, el Inocente, el Santo, el Justo, para salvarnos ha tenido que morir crucificado. Ha tomado consigo no solo la muerte, sino la crueldad del mal, del odio, de la violencia

fratricida. Su Cruz y su Resurrección son luz de esperanza en las tinieblas más densas. Recemos hoy por todas las víctimas de la violencia y de la guerra, en particular del terrorismo.

Queridos hermanos y hermanas, junto a vosotros deseo rezar por vuestra patria, Sri Lanka, que tuve la alegría de visitar en enero de 2015. Rezamos por los gobernantes, por los que tienen las responsabilidades sociales y educativas y por todo el pueblo. Que las dificultades presentes puedan encontrar soluciones con el empeño y la colaboración de todos. Rezamos por la Iglesia en Sri Lanka: que por intercesión de María Santísima esté llena de Espíritu Santo y anuncie con alegría el Evangelio de Cristo Salvador.

Gracias de nuevo, queridísimo, por vuestro testimonio.

No quisiera terminar sin hacer un llamamiento a las autoridades de vuestro país. Por favor y por amor a la justicia, por amor a vuestro pueblo, que se aclare definitivamente quiénes fueron los responsables de estos eventos [los atentados de la Pascua 2019]. Esto traerá paz a vuestra conciencia y a la patria.

De corazón os bendigo a cada uno de vosotros y a vuestras familias. Y vosotros, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!



La homilía del Pontífice durante la Santa Misa en la basílica de San Pedro

El perdón y la paz

El llamamiento a ser artífices de reconciliación



La Santa Misa en el Domingo de la Divina Misericordia fue celebrada, en la mañana del 24 de abril, en el altar de la Confesión de la basílica de San Pedro, por el arzobispo Rino Fisichella, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización. El Papa Francisco pronunció la homilía que publicamos a continuación.

Hoy el Señor resucitado se aparece a los discípulos y, a ellos, que lo habían abandonado, les ofrece su misericordia, mostrándoles sus llagas. Las palabras que les dirige están acompañadas por un saludo, que se menciona tres veces en el Evangelio de hoy: «¡La paz esté con ustedes!» (Jn 20,19.21.26). ¡La paz esté con ustedes! Es el saludo del Resucitado, que sale al encuentro de toda debilidad y error humano. Sigamos los tres ¡la paz esté con ustedes! de Jesús, en ellos descubriremos tres acciones de la divina misericordia en nosotros. Ésta sobre todo da alegría, luego suscita el perdón, y finalmente consuela en la fatiga.

1. En primer lugar, la misericordia de Dios da alegría, una alegría especial, la alegría de sentirnos perdonados gratuitamente. Cuando en la tarde de Pascua los discípulos vieron a Jesús y escucharon por primera vez que les decía ¡la paz esté con ustedes!, se alegraron (cf. v. 20). Estaban encerrados en la casa por el miedo, pero también estaban encerrados en sí mismos, abatidos por un sentimiento de fracaso. Eran discípulos que habían abandonado al Maestro, que habían huido en el momento de su arresto. Pedro incluso lo había negado tres veces y uno del grupo —¡justo uno de ellos!— había sido el traidor. Tenían motivos para sentirse no sólo atemorizados, sino fracasados, pusilánimes. Es cierto que en el pasado habían tomado decisiones valientes, habían seguido al Maestro con entusiasmo, compromiso y generosidad, pero al final todo se había desmoronado; el miedo había prevalecido y habían cometido el gran pecado, de dejar solo a Jesús en el momento más trágico. Antes de la Pascua pensaban que estaban hechos para grandes cosas, discutían sobre quién fuese el más grande entre ellos. Ahora se sienten hundidos.

En este clima llega el primer ¡la paz esté con ustedes!. Los discípulos deberían haber sentido vergüenza, y en cambio se llenan de alegría. ¿Quién los entiende? ¿Por qué? Porque ese rostro, ese saludo, esas palabras desvían su atención de sí mismos a Jesús. En efecto, «los discípulos se alegraron —precisa el texto— de ver al Señor» (v. 20). No piensan más en sí mismos y en sus fallos, sino que se sienten atraídos por sus ojos, donde no hay severidad, sino misericordia. Cristo no les recrimina el pasado, sino que les renueva su benevolencia. Y esto los reanima, les infunde en sus corazones la paz perdida, los hace hombres nuevos, purificados por un perdón que se les da sin cálculos, un perdón que se les da sin méritos. Esta es la alegría de Jesús, la alegría que he-

mos sentido también nosotros cuando experimentamos su perdón. Nos ha pasado también a nosotros sentirnos como los discípulos en la tarde de Pascua, después de una caída, de un pecado o de un fracaso. En esos momentos pareciera que no hay nada más que hacer. Pero precisamente allí el Señor hace lo que sea para darnos su paz, por medio de una Confesión, de las palabras de una persona que se muestra cercana, de una consolación interior del Espíritu Santo, de un acontecimiento inesperado y sorprendente. De diferentes maneras Dios se asegura de hacernos sentir el abrazo de su misericordia, una alegría que nace de recibir «el perdón y la paz». Sí, la alegría de Dios nace del perdón y deja la paz. Es así, nace del perdón y deja la

paz, una alegría que levanta sin humillar, como si el Señor no entendiera lo que está sucediendo. Hermanos y hermanas, hagamos memoria del perdón y de la paz que recibimos de Jesús. Cada uno de nosotros lo ha recibido, cada uno de nosotros tiene esa experiencia, hagamos pues memoria, nos hará bien. Antepongamos el recuerdo del abrazo y de las caricias de Dios al de nuestros errores y nuestras caídas. De ese modo alimentaremos la alegría. Porque nada puede seguir siendo como antes para quien experimenta la alegría de Dios. Esta alegría nos cambia.

2. ¡La paz esté con ustedes! El Señor lo dice por segunda vez, agregando: «Como el Padre me envió, así yo los envío a ustedes» (v. 21). Y les da a los discípulos el Espíritu Santo, para hacerlos ministros de reconcilia-



ción. «A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados» (v. 23). No sólo reciben misericordia, sino que se convierten en dispensadores de esa misma misericordia que han recibido. Reciben este poder, pero no en base a sus méritos, a sus estudios, no; es un puro don de la gracia, que se apoya en su propia experiencia de hombres perdonados. Y me dirijo a ustedes, misioneros de la Misericordia. Si cada uno de ustedes no se siente perdonado, que se detenga en este ministerio, hasta el momento de sentirse perdonado. Y de esa misericordia recibida será capaz de dar mucha misericordia, de dar mucho perdón. Y, hoy y siempre, el perdón en la Iglesia nos debe llegar así, por medio de la humilde bondad de un confesor misericordioso, que sabe que no es el poseedor de un poder, sino un canal de la

misericordia, que derrama sobre los demás el perdón del que él mismo ha sido el primer beneficiado. Y de aquí nace ese «perdonar todo», porque Dios perdona todo, todo y siempre. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón, pero Él perdona siempre. Y ustedes deben ser canales de este perdón, a través de su propia experiencia de ser perdonados. No hay que torturar a los fieles que vienen con sus pecados, sino tratar de entender qué sucede, escuchar y perdonar, y dar un buen consejo, ayudando a seguir adelante. Dios perdona todo, no hay que cerrar esa puerta.

«A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados» (v. 23). Estas palabras están en el origen del sacramento de la Reconciliación, pero no sólo, pues toda la Iglesia ha sido constituida por Jesús como una comunidad dispensadora de misericordia, signo e instrumento de reconciliación

Es triste que en estos días, que son los más santos y solemnes para todos los cristianos, se escuche más el estruendo mortal de las armas que el sonido de las campanas que anuncian la Resurrección; y es triste que las armas sustituyan cada vez más a la palabra

para la humanidad. Hermanos, hermanas, cada uno de nosotros hemos recibido en el Bautismo el Espíritu Santo para ser hombres y mujeres de reconciliación. Si experimentamos la alegría de ser liberados del peso de nuestros pecados y de nuestros errores; si sabemos en primera persona qué significa renacer, después de una experiencia que parecía no tener salida, entonces se hace necesario compartir el pan de la misericordia con los que están a nuestro lado. Sintámonos llamados a esto. Y preguntémosnos: yo, aquí donde vivo, yo en la familia, yo en el trabajo, en mi comunidad, ¿promuevo la comunión, soy artífice de reconci-

mente ante tanta bondad. Y es así que de incrédulo se vuelve creyente, y hace esta confesión de fe tan sencilla y hermosa: «¡Señor mío y Dios mío!» (v. 28). Es una linda invocación, que podemos hacer nuestra y repetirla durante el día, sobre todo cuando experimentamos dudas y oscuridad, como Tomás.

Porque en Tomás está la historia de todo creyente, de cada uno de nosotros. Hay momentos difíciles, en los que parece que la vida desmiente a la fe, en los que estamos en crisis y necesitamos tocar y ver. Pero, como Tomás, es precisamente en esos momentos cuando redescubrimos el corazón del Señor, su misericordia. Jesús, en estas situaciones, no viene hacia nosotros de modo triunfante y con pruebas abrumadoras, no hace milagros rimbombantes, sino que ofrece cálidos signos de misericordia. Nos consuela con el mismo estilo del Evangelio de hoy: ofreciéndonos sus llagas. No olvidemos esto, ante el pecado, el más escandaloso pecado nuestro o de los demás, está siempre la presencia del Señor que ofrece sus llagas. No olvidemos eso. Y en nuestro ministerio de confesores, debemos hacer ver a la gente que ante sus pecados están las llagas del Señor, que son más poderosas

que el pecado. Y nos hace descubrir también las llagas de los hermanos y de las hermanas. Sí, la misericordia de Dios, en nuestras crisis y en nuestros cansancios, a menudo nos pone en contacto con los sufrimientos del prójimo. Pensábamos que éramos nosotros los que estábamos en la cúspide del sufrimiento, en el culmen de una situación difícil, y descubrimos aquí, permaneciendo en silencio, que alguien está pasando momentos peores. Y, si nos hacemos cargo de las llagas del prójimo y en ellas derramamos misericordia, renace en nosotros una esperanza nueva, que consuela en la fatiga. Preguntémosnos enton-

ces si en este último tiempo hemos tocado las llagas de alguien que sufra en el cuerpo o en el espíritu; si hemos llevado paz a un cuerpo herido o a un espíritu quebrantado; si hemos dedicado un poco de tiempo a escuchar, acompañar y consolar. Cuando lo hacemos, encontramos a Jesús, que desde los ojos de quienes son probados por la vida, nos mira con misericordia y nos dice: ¡La paz esté con ustedes!

Y me gusta pensar en la presencia de la Virgen entre los Apóstoles, allí. Y así como después de Pentecostés la hemos pensado como Madre de la Iglesia, a mí me gusta pensarla el lunes, después del Domingo de la Misericordia, como Madre de la Misericordia.

Que Ella nos ayude a avanzar en nuestro hermoso ministerio.

Los sacerdotes que vinieron especialmente de Ucrania

Concelebraron algunos sacerdotes que habían llegado para la ocasión desde Ucrania, con un visado especial para salir del país durante unos días. Estos sacerdotes proceden de las regiones de Chmel'nyč'kyj, de la provincia de Černivci, de la región de Ternopil y de Hnizdyčiv, en la provincia de Lviv.

Y, en polaco, la oración universal se rezó precisamente para que la misericordia del Señor "llegue a los pueblos de la tierra desgarrados por la guerra, para que el don de la paz, que brota del Crucificado resucitado, llegue al corazón de cada hombre y se restablezca la concordia y la justicia entre las naciones".

También es gracias a los sacerdotes ucranianos, presentes entre su pueblo en el escenario de la guerra, que el número de misioneros de la misericordia en todo el mundo —desde que fueron instituidos por el Papa Francisco en

ra la oración eucarística.

"En este domingo que concluye la Octava de Pascua —fueron las palabras que introdujeron el acto penitencial—, el Señor nos enseña a convertirnos en verdaderos apóstoles de su misericordia tocando sus heridas, signo permanente del amor de Dios por nosotros; heridas que hoy son visibles en el cuerpo y en el alma de tantos hermanos nuestros que sufren y piden ser curados. Con confianza en la misericordia de Dios, reconocemos nuestros pecados".

La primera lectura en inglés, el salmo en italiano y la segunda lectura en español fueron seguidos por la Secuencia en latín (*Victimæ paschali laudes*). Y la proclamación en italiano del pasaje evangélico de Juan (20, 19-31).

El Papa Francisco pronunció la homilía frente al Altar de la Confesión.

La oración universal se rezó, en francés, para que "la misericordia del Señor haga tangible la ma-

sericordia al servicio de la Iglesia, especialmente como ministros del Sacramento de la Reconciliación: incluso en los lugares donde la presencia de católicos es más limitada, recorren muchos kilómetros para llegar a las distintas comunidades.

En Roma, los misioneros de la misericordia llegaron desde Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Venezuela, Líbano, Filipinas, India y Vietnam. También hubo una gran presencia de África: Nigeria, Mali, Malawi, Kenia, Costa de Marfil, Ghana, Guinea y Camerún. Un gran número de participantes también vinieron de Estados Unidos y Europa.

Durante el encuentro, que comenzó el sábado 23 en el Aula del Sínodo, a través de "talleres" los misioneros compartieron experiencias y prácticas pastorales desarrolladas durante la pandemia. A continuación, el arzobispo Fisichella esbozó el perfil del misionero de la misericordia co-



2016— ha ido aumentando de forma constante: actualmente son 1.040.

La concelebración eucarística del Domingo de la Divina Misericordia, el 24 de abril a las 10 de la mañana en la Basílica de San Pedro, y luego la audiencia con Francisco a mediodía del lunes 25 de abril, fueron los dos actos culminantes del tercer Encuentro Mundial de Misioneros de la Misericordia, celebrado en Roma desde el sábado 23. La iniciativa fue promovida por el Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, el dicasterio vaticano encargado de gestionar y animar las actividades de los Misioneros de la Misericordia.

La misa, celebrada el domingo por la mañana en San Pedro, fue presidida por el arzobispo presidente del Pontificio Consejo, monseñor Rino Fisichella.

El Papa Francisco asistió a la celebración, en la que participaron unos 400 misioneros de la misericordia, junto con nueve cardenales y once arzobispos y obispos. El cardenal Giovanni Battista Re, decano del Colegio Cardenalicio, y monseñor Franz-Peter Tebartz-Van Elst, delegado del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, se acercaron al altar pa-

ternidad de la Iglesia para que las heridas de cada hombre y mujer reciban alivio y curación". En chino, para que la misericordia del Señor "conceda a los ministros de la reconciliación la gracia de ser hombres contemplativos de las llagas de Cristo, para que sean alegres testigos de la gracia". En portugués, que la misericordia del Señor "guíe los pensamientos y las opciones de los políticos, para que promuevan la dignidad humana mediante el reparto de los bienes y el cuidado de la creación". Y en alemán —después de la súplica por la paz en polaco— pidieron que la misericordia del Señor llegue a los "necesitados".

Tras la bendición, se cantó la antífona mariana Regina Caeli. Antes de abandonar la basílica, el Papa saludó a muchos de los presentes.

El servicio de los ministerios lo prestaron sacerdotes teatinos. El coro de la Capilla Sixtina cantó los himnos.

Y el lunes por la mañana, más de mil personas relanzaron los contenidos de la Celebración participando en la audiencia con el Papa Francisco en el Aula Pablo VI. Un momento de gran significado que concluyó el Encuentro Mundial, relanzando el papel de los misioneros de la mi-

mo "hombre de acogida". En el año 2022, se señaló, se cumplirá también el 20º aniversario de la solemne entrega del mundo a la Divina Misericordia por parte de San Juan Pablo II, el sábado 17 de agosto de 2002, durante su visita pastoral al Santuario de la Divina Misericordia en Cracovia-Łagiewniki, Polonia.

El sábado por la tarde, en la iglesia de Santa María de Vallicella, tuvo lugar la liturgia penitencial con adoración eucarística y los misioneros de la misericordia tuvieron la oportunidad de confesarse con otros misioneros de la misericordia.

Tras el domingo, centrado en la celebración de la Eucaristía y la oración del Regina Caeli con el Papa Francisco, los trabajos se reanudaron la mañana del lunes y culminaron con una audiencia con el Pontífice en el Aula Pablo VI.

En la sesión de la mañana intervinieron el cardenal Raniero Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia ("El misionero de la misericordia y la llamada a la santidad") y el padre Damián Guillermo Astigueta, profesor de la Facultad de Derecho Canónico de la Pontificia Universidad Gregoriana ("El misionero de la misericordia: el foro interno y externo").

Francisco en el Congreso Internacional de Solidaridad promovido por los trinitarios

Liberar a los hombres, mujeres y niños esclavizados

"Incluso en nuestra época, que se jacta de haber abolido la esclavitud, en realidad hay muchos, demasiados hombres y mujeres, e incluso niños, reducidos a vivir en condiciones inhumanas, esclavizados". Lo dijo el Papa Francisco al recibir en audiencia en la mañana del lunes 25 de abril, en la Sala Clementina, a los participantes en el Congreso Internacional de Solidaridad Trinitaria, promovido por la Orden de la Santísima Trinidad. "La libertad religiosa es violada, a veces pisoteada en muchos lugares y de diferentes maneras, algunas crudas y obvias, otras sutiles y ocultas", dijo. Publicamos, a continuación, el discurso del Pontífice.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Me complace darles la bienvenida a los que participan en el Congreso de "Solidaridad Trinitaria Internacional", expresión de la Orden de la Santísima Trinidad. Agradezco al Superior General sus palabras de saludo y presentación. Me ha impresionado ver cómo han sido capaces de actualizar el carisma de la Orden dando vida a esta organización, que defiende la libertad religiosa no de forma teórica, sino atendiendo a las personas perseguidas y encarceladas a causa de su fe. Pero, al mismo tiempo, no falta el estudio y la reflexión por su parte, que también se expresa en el ámbito aca-

ciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos [...], para dar la libertad a los oprimidos" (Lc 4,18; cf. Is 61,1-2). Jesús es el enviado del Padre y es movido por el Espíritu Santo. En él actúa toda la Trinidad. Y la obra de Dios Amor, Padre, Hijo y Espíritu Santo, es la redención del hombre: por eso Cristo derramó su sangre en la cruz. Como rescate por nosotros, por cada uno de nosotros. Este trabajo se prolonga en la misión de toda la Iglesia. Pero en su Orden ha encontrado una expresión singular, peculiar, diría "literal" —un poco como la pobreza con Francisco—, es decir, el compromiso con el rescate de los esclavos. "Redimir". Y para redimir a alguien hay que pagar, y se paga el precio con la vida. Esto es hermoso.

Este carisma es de flagrante actualidad, ¡por desgracia! Tanto porque incluso en nuestra época, que se jacta de haber abolido la esclavitud, en realidad hay muchos, demasiados hombres y mujeres, incluso niños reducidos a vivir en condiciones inhumanas, esclavizados. Y ambos porque, como bien señala su conferencia, la libertad religiosa es violada, a veces pisoteada en muchos lugares y de diversas maneras, algunas crudas y evidentes, otras sutiles y ocultas. Hubo un tiem-



démico a través del curso de estudios sobre la libertad religiosa en el Angelicum, cátedra que lleva el nombre de su fundador San Juan de Matha.

Les felicito por este compromiso que llevan a cabo precisamente recurriendo al carisma original. Nos remontamos más de ocho siglos atrás, a la época de San Francisco de Asís. El Espíritu Santo suscitó en aquel momento —como lo hace siempre, en todas las épocas— testigos capaces de responder según el Evangelio a los desafíos del momento. Juan de Matha fue llamado por Cristo a dar su vida por la liberación de los esclavos, tanto cristianos como musulmanes. No quiso hacerlo solo, individualmente, sino que fundó para ello una nueva Orden, una Orden "en salida", nueva también en la forma de vida, que debía ser un apostolado "en el mundo". Y el Papa Inocencio III dio su aprobación y apoyo pleno.

"Orden de la Santísima Trinidad y los cautivos", es decir, esclavos, prisioneros. Esta combinación también da que pensar: la Trinidad y los esclavos. Es inevitable pensar en el primer "sermón" de Jesús en la sinagoga de Nazaret, cuando leyó el pasaje del profeta Isaías: "El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anun-

po en que la gente solía dividir a la humanidad en buenos y malos: "Este país es bueno...". —"¡Pero fabrica bombas!" —"No, es bueno" —"Y este es malo...". No, hoy en día la maldad ha impregnado a todo el mundo y en todos los países hay buenos y malos. La maldad, hoy, está en todas partes, en todos los Estados. Incluso en el Vaticano, tal vez. Queridos amigos, les agradezco su trabajo y les animo a continuarlo, también colaborando con otras instituciones, eclesiales o no, que comparten su noble propósito. Pero, por favor, sin perder su especificidad, sin "diluirla" el carisma. Que Nuestra Señora y San Juan de Matha acompañen siempre el camino de la Orden y el servicio de la Solidaridad Internacional Trinitaria. Les bendigo de corazón. Y, por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias. [Bendición]

Después de la foto les saludaré, pero discúlpame, tengo que hacerlo sentado, no de pie, porque mi rodilla... Es esa enfermedad que antes se llamaba 'enfermedad de las monjas', porque era la época en que las monjas rezaban, ¡y de tanto rezar de rodillas se enfermaban! Esto se curará, pero mientras tanto debemos hacer las cosas bien.

Con la comunidad pastoral del Santuario de Treviglio el Papa recuerda que los conflictos destruyen a los vencidos, a los vencedores y también a los distraídos

Las lágrimas de María son también un signo del llanto de Dios por las víctimas de la guerra

“Las lágrimas de María son también un signo del llanto de Dios por las víctimas de la guerra que está destruyendo no sólo a Ucrania... Porque la guerra no sólo destruye a los vencidos, no, también destruye a los vencedores... incluso a los que la miran con noticias superficiales para ver quién es el vencedor, quién es el vencido”. El Papa lo dijo al dirigirse a los 2.800 peregrinos de las seis parroquias de la comunidad pastoral del Santuario “Nuestra Señora de las Lágrimas” de Treviglio (en la provincia de Bérgamo y en la archidiócesis de Milán) recibidos en audiencia la mañana del sábado 23 de abril en el Aula Pablo VI. Publicamos, a continuación, el discurso de Francisco.



Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Agradezco al párroco sus palabras y correspondo cordialmente al saludo de su arzobispo. ¡Gracias por venir en tan gran número! ¡Tantos! Quizás en casa se ha quedado... ¿quién? ¡Nuestra Señora! Nuestra Señora de las Lágrimas. No es el único santuario con este título. El de Siracusa me viene inmediatamente a la mente; pero el suyo es mucho más antiguo, tiene quinientos años. Luego son famosas las lágrimas de la Virgen María en la aparición de La Salette.

Las lágrimas de María son un reflejo de las lágrimas de Jesús. Jesús lloró, el Evangelio nos cuenta dos episodios: en la tumba de su amigo Lázaro (cf. *Jn* 11,35) y frente a Jerusalén (cf. *Lc* 19,41).

En ambos casos eran lágrimas de dolor. Pero podemos imaginar que Jesús también lloró de alegría, por ejemplo, cuando vio a los pequeños, a la gente humilde aceptar con entusiasmo el Evangelio.

María, la Madre, es la primera discípula. Es más discípula que madre. Siguió a su Hijo en todo, incluso en la santidad de sus sentimientos y emociones, incluso en sus risas y lágrimas. Seguramente las lágrimas de alegría brotaron de sus ojos cuando dio a luz a Jesús en el establo de Belén, y cuando vio a los pastores y a los Magos postrarse ante Él. Y lloró lágrimas amargas, al final, cuando lo siguió a lo largo del camino doloroso, y cuando estuvo bajo la cruz. Nuestra Señora llorando.

Las lágrimas de María fueron transformadas por la gracia de Cristo, así como toda su vida, todo su ser, todo en María se transfigura en perfecta unión con su Hijo, con su misterio de salvación. Por eso, cuando María llora, sus lágrimas son un signo de la compasión de Dios. Dios tiene compasión de nosotros, siempre; y Dios quiere perdonarnos. Y les recuerdo una cosa: ¡Dios siempre perdona! ¡Siempre! Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Y por eso las lágrimas de la Virgen son signo de la compasión de Dios, que siempre nos perdona con esta compasión; son signo del dolor de Cristo por nuestros pecados, por el mal que aflige a la humanidad, especialmente a los pequeños e inocentes, que son los que sufren.

Como usted, P. Norberto, ha dicho con razón, las lágrimas de María son también un signo del llanto de Dios por las víctimas de la guerra que está destruyendo no sólo a Ucrania; seamos valientes y digamos la verdad: está destruyendo a todos los pueblos

implicados en la guerra. Todos ellos. Porque la guerra no sólo destruye a los vencidos, no, también destruye al vencedor; también destruye a los que la miran con noticias superficiales para ver quién es el vencedor, quién es el vencido. La guerra destruye a todos. Cuidado con esto. A su Corazón Inmaculado hemos confiado nuestra petición, y estamos seguros de que la Madre la ha aceptado e intercede por la paz, porque es la Reina de la Paz. Es la Madre de la Paz. Y mañana será el Domingo de la Misericordia. Ella es la Madre de la Misericordia. Ella sabe lo que significa la misericordia, porque la “tomó” de Dios. Durante cinco siglos su tierra ha sido regada por las lágrimas de María; de generación en generación su pueblo ha sido acompañado por su ternura maternal. Ella, la Madre, les enseña a no avergonzarse de sus lágrimas. No, no debemos avergonzarnos de llorar; al contrario, los santos nos enseñan que las lágrimas son un don, a veces una gracia, un arrepentimiento, una libera-

ción del corazón. Llorar significa abrirse, romper el caparazón de un ego cerrado en sí mismo y abrirse al Amor que nos abraza, que siempre está esperando para perdonarnos. Así es el corazón de Dios. Dios está esperando. ¿Esperando qué? Por el perdón, para perdonarnos. Es inquieto, es incorregible: quiere perdonar, perdonar... Sólo pide que le pidamos perdón. Abrirse al buen Padre y abrirse también a nuestros hermanos. Dejarse conmover, dejarse conmover por las heridas de los que encontramos en el camino; saber compartir, saber acoger, saber alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran.

Creo que nosotros, nuestro tiempo —hablo en general— hemos perdido la costumbre de llorar “bien”. Tal vez lloramos cuando sucede algo que nos conmueve o cuando cortamos la cebolla. Pero el llanto que sale del corazón, el verdadero llanto como el de Pedro cuando se arrepintió, como el de la Virgen... Nuestra civilización, nuestros tiempos, han perdido el sentido del llanto. Y debemos pedir la gracia de llorar ante las cosas que vemos, ante el uso que se hace de la humanidad, no sólo las guerras —he hablado de ellas— sino el descarte, los ancianos descartados, los niños descartados incluso antes de nacer... Tantos dramas de descarte: los pobres que no tienen de qué vivir son descartados; las plazas, las calles llenas de indigentes... Las miserias de nuestro tiempo deben hacernos llorar y necesitamos llorar. Hay una misa en la liturgia católica para pedir el don de las lágrimas. Pero ustedes, que tienen a la Virgen “al alcance de la mano”, pidan este don. Y la oración de esa misa dice así: “Señor, tú que has hecho

brota agua de la roca, haz que broten lágrimas de la roca de mi corazón”. El corazón de piedra que ha olvidado cómo llorar. Por favor, pidamos la gracia de llorar. Todos.

Y para ello, que las lágrimas de María nos ayuden. Es importante que nuestro yo no esté cerrado, que esté abierto a los demás, especialmente al Padre que perdona y a nuestros hermanos. Debemos dejarnos conmover por las heridas de los que encontramos en el camino, saber compartir, saber acoger, saber alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran.

Su Comunidad lleva este mismo nombre: “Nuestra Señora de las Lágrimas”. ¡Esto es hermoso! En este título hay toda una pastoral: una pastoral de la ternura, la compasión y la cercanía. Ternura, compasión y cercanía. Este es el estilo de Dios. Hay un estilo pastoral que concierne a todos: sacerdotes, diáconos, fieles laicos, personas consagradas... Todos son cercanos, compasivos y tiernos. Y todas las edades, todas las estaciones de la vida. Todos debemos aprender siempre de María a seguir a Jesús, a dejar que su Espíritu moldee nuestros sentimientos, nuestros deseos, nuestros planes y nuestras acciones según el corazón de Dios. Para que, como dice una hermosa oración litúrgica, “no prevalezcan en nosotros nuestros sentimientos, sino la acción de su Santo Espíritu”.

Queridos amigos, ¡gracias por esta visita! Gracias por llevarnos a meditar en las lágrimas de nuestra Madre. ¡Los necesitamos tanto! Necesitamos llorar mucho. Les bendigo de corazón a todos ustedes, a sus familias y a su comunidad. Por favor, no se olviden de rezar por mí. Gracias.

Vídeomensaje del Papa

Toda guerra nace de una injusticia

“Toda guerra nace de una injusticia”. Lo ha afirmado el Papa Francisco en el mensaje de vídeo enviado a los participantes del sexto Congreso nacional de la Leadership Católica del Ministerio hispano, “Raíces y Alas 2022”, promovido por el Consejo nacional católico para el Ministerio hispano de Estados Unidos de América, que se lleva a cabo en Washington del 26 al 30 de abril sobre el tema “Voces Proféticas - Ser puentes para una nueva época”. El mensaje del Papa se retransmitió al inicio de los trabajos. Publicamos, a continuación, una transcripción de las palabras del Pontífice.

Saludo afectuosamente a los participantes del Consejo Nacional Católico para el Ministerio Hispano de los Estados Unidos que ha convocado el sexto Congreso Nacional de Liderazgo Católico del Ministerio Hispano, Raíces y Alas 2022, en Washington, bajo el tema: “Voces Proféticas - Ser puentes para una nueva época”.

Es importante el tema. Aunque parece un poco suntuoso, han elegido un buen tema, en este tiempo absurdo en el cual, sin salir todavía de una pandemia que ha golpeado toda la humanidad con sufrimiento y tristeza, nos encontramos en medio del sufrimiento y la tragedia de una guerra. Toda guerra nace de una injusticia, toda guerra, aun las que a veces se hacen en nuestras familias y comunidades, que se combaten o que se hacen en silencio, también nacen de la injusticia. Es triste ver que la humanidad no logra ser capaz de pensar con esquemas y proyectos de paz. Todos pensamos con esquemas de guerra. Es el “cainismo” existencial. La hermandad de todos - es de todos - no se concretiza en esquemas que transformen la vida de las familias, comunidades, pueblos, naciones y del mundo.

Los invito a reflexionar sobre la necesidad de ser cristianos que transformen las estructuras y puedan crear puentes en todos los sectores de la sociedad, iluminando el pensamiento, que lleve a acciones que puedan dar paz y unidad en todos los niveles, comenzando en nuestras familias y comunidades. Yo necesito de paz, vos necesitáis de paz, el mundo necesita de paz, respirar paz es saludable. Necesitamos signos concretos de paz. Los cristianos tienen que dar el ejemplo.

Les pido que sean puentes, que creen puentes, que recen y trabajen por la paz. Y no se olviden de rezar por mí. Les deseo todo bien y les doy mi Bendición Apostólica: En el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

La prefación del Papa al libro-entrevista del card. Rodríguez Maradiaga sobre la «*Prædicare Evangelium*»

Lo importante es la renovación de la mente y del corazón de las personas

Es del Papa Francisco la prefación al libro entrevista del cardenal Oscar Andrés Rodríguez Maradiaga “Prædicare Evangelium. Una nueva Curia para un nuevo tiempo”. El volumen (editado por Publicaciones Claretianas) fue presentado el sábado 23 de abril en la capital española. La entrevista fue realizada por el padre Fernando Prado Ayuso, director editorial de Publicaciones Claretianas. El libro será presentado también en Roma, el jueves 5 de mayo, en la sala San Pío X, en vía de la Conciliación 5, con la participación del cardenal.

Desde el concilio Vaticano II, la Iglesia católica ha llevado a cabo varias reformas de la Curia Romana tratando de acomodarla a las exigencias de los tiempos, de la vida eclesial y de la recepción del propio Concilio, que sigue siendo la brújula. San Pablo VI quiso acomodar la Curia a los postulados del recién celebrado Vaticano II mediante la constitución apostólica *Regimini Ecclesiae Universae*. San Juan Pablo II, algunos años más tarde, hizo lo propio promulgando la *Pastor Bonus*, queriendo desarrollar otros cambios y adaptar el funcionamiento de la Curia al nuevo Código de Derecho Canónico aprobado en 1983. Por su parte, Benedicto XVI también hizo diversos cambios y adaptaciones de la *Pastor Bonus* a través de diferentes motu proprio para salir al paso de algunos desafíos, realizando los necesarios ajustes que las situaciones pedían. Incluso se creó entonces

un nuevo organismo: el Pontificio Consejo dedicado a la Nueva Evangelización.

Antes de cambiar de diócesis, participando de las Congregaciones Generales previas al último Cónclave, entre otras muchas recomendaciones, se pidió vivamente del nuevo Papa que acometiera una nueva reforma de la Curia. Se veía como algo urgente y necesario. Esta reforma viene de ahí. Yo mismo me atreví en esos momentos a hacer algunas recomendaciones, pensando que iba a ser otro quien tuviera que llevarlas adelante. Pero las cosas fueron diferentes. Y, así, desde el principio se trabajó durante todos estos años. Agradezco este nuevo servicio a la editorial claretiana de Madrid. No son tiempos fáciles para el «apostolado de la prensa». Agradezco el paciente trabajo a todo el Consejo de cardenales en este largo alumbramiento. Especialmente, agradezco al cardenal Rodríguez Maradiaga su constante servicio a la Sede de Pedro, a la vez que le felicito por esta entrevista. Creo que en ella se desentraña adecuadamente el sentido y el itinerario de este minucioso y decisivo trabajo de revisión y propuesta. En ella se hace ver que la reforma de la curia es más que la constitución apostólica. *Prædicare Evangelium* es una de las dimensiones de la reforma.

Es de esperar que todo lo que esta Constitución encierra se haga cada vez más notorio según se vaya aplicando y poniendo en

práctica. Muchas de las novedades que aparecen en la Constitución apostólica ya se fueron poniendo en marcha desde los primeros años del presente pontificado y han dado frutos satisfactorios. Otras darán su fruto a su tiempo. Las reformas en las estructuras y en lo organizativo son necesarias, sin duda, pero lo verdaderamente importante es la renovación de la mente y del corazón de las personas. Todos estamos llamados a armar el hombro. Y no olvidemos que las leyes y los documentos son siempre limitados y casi siempre efímeros. Otros tiempos vendrán. Otras circunstancias darán al mundo un nuevo color... Y la Iglesia, en su constante diálogo con el mundo, con un pie firme en los orígenes y fiel a la Tradición, adaptará nuevamente su vida y sus estructuras humanas a las condiciones cambiantes de los tiempos. Así, la Iglesia seguirá ofreciendo el Evangelio al mundo de una forma renovada. Es nuestra condición, pues creemos que «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre» (*Hb* 13,8). Así, los creyentes de hoy vamos pasando del testigo a las siguientes generaciones.

Roma, San Juan de Letrán
25 de marzo de 2022,
Solemnidad de la Anunciación del Señor.

FRANCISCO

En el encuentro en el Aula Pablo VI invita a los misioneros de la misericordia a «perdonar siempre»

Dar voz a Dios como sacramento de su presencia

«Nos corresponde a nosotros, con nuestro ministerio, dar voz a Dios y mostrar su rostro paterno, que no juzga, pero es capaz de consuelo y compartir. Se trata del tercer encuentro, después del celebrado en 2016 - año en el que fueron instituidos - y en 2018. En esta ocasión el Pontífice indicó como figura bíblica de referencia a Rut la moabita. Estas son sus palabras.

Queridos Misioneros de la Misericordia, ¡buenos días y bienvenidos!

Desearía encontrarme de nuevo con vosotros, porque a vosotros os he encomendado el ministerio que más me preocupa: ser instrumento eficaz de la misericordia de Dios. Veo que cada año el número de Misioneros de la misericordia aumenta: aquí hay otros problemas, pero aumenta. Esto me da alegría, porque significa que vuestra presencia en las Iglesias particulares se considera importante y calificativa. Doy las gracias a monseñor Rino Fisichella por sus palabras y por las informaciones que me ha dado respecto a vuestro compromiso misionero. Y en verdad, fue fiel a la inspiración de Dios, porque esta es una invención suya; pero fue el quien me dio esta idea y me animó, porque vio la necesidad que hay en la Iglesia de vuestra presencia, vuestra disponibilidad y vuestra cercanía para perdonar: perdonar, sin pasar a través de tantos trámites. Como escribí en la Constitución apostólica *Praedicate Evangelium*: «La evangelización se realiza en particular a través del anuncio de la misericordia divina, a través de múltiples formas y expresiones. A este fin contribuye de modo particular la acción específica de los Misioneros de la Misericordia» (Art 59 § 2). He querido ponerlos ahí, en la Constitución apostólica, porque vosotros sois un instrumento privilegiado en la Iglesia, hoy, y no sois un movimiento que hoy está y mañana no está, no, estáis en la estructura de la Iglesia. Por eso he querido ponerlos ahí. Espero, por tanto, que podáis crecer todavía más, y por eso dirijo a los obispos mi deseo de que puedan identificar sacerdotes santos, misericordiosos, dispuestos al perdón, para convertirse en plenos misioneros de la Misericordia.

En nuestro primer encuentro (9 de febrero de 2016) me detuve a reflexionar con vosotros sobre la figura de Noé, y sobre la manta que sus hijos le pusieron encima para protegerlo de la vergüenza por su desnudez. En esta circunstancia os invité a «cubrir al pecador con la manta de la misericordia, para que ya no se avergüence y para que pueda recobrar la alegría de su dignidad filial». En nuestro segundo encuentro (10 de abril de 2018), con las palabras del profeta Isaías, os pedía ser signo del consuelo para hacer comprender a los que se acercan a vosotros el sentimiento justo de que Dios nunca olvida a nadie, ni abandona a nadie hasta el punto de querer tatuarse en su mano el nombre de cada criatura (cf. Is 49,16).

Hoy deseo proponeros otra figura bíblica que puede inspirar vuestro ministerio. Se trata de Rut, la mujer moabita que, incluso viniendo de un país extranjero, entra de lleno en la historia de la salvación. El libro dedicado a ella la presenta como la bisabuela de David (Rut 4,18-22), y el Evangelio de Mateo la

menciona expresamente entre los antepasados de Jesús (cf. Mt 1,5). Rut es una chica pobre y de origen modesto; queda viuda muy joven y además vive en un país extranjero que la considera una intrusa y ni siquiera digna de solidaridad. La suya es una condición que en la cultura de hoy nadie lograría comprender completamente. Rut dependía en todo de los otros: antes del matrimonio dependía del padre y después del matrimonio del marido; como viuda debería ser protegida por los hijos, pero ella no los tiene; está marginada en el pueblo donde vive, porque es una moabita; está sin apoyo y sin ninguna defensa. En resumen, su vida está entre las peores que se puedan imaginar y parece no tener futuro.

Como si todo esto no fuera suficiente, el autor sagrado añade que la única persona a la que Rut se une es la suegra Noemí. Pero tampoco la condición de Noemí ciertamente es de las mejores: es viuda, ha perdido dos hijos y es demasiado anciana para tener más; está destinada a morir sin dejar descendencia. Noemí, que había emigrado a la tierra de Moab, decide regresar a Belén, su país de origen, y tiene que afrontar un largo y fatigoso viaje. Noemí considera que Dios no ha sido benévolo con ella y lo afirma claramente: «La mano de Yahveh ha caído sobre mí» (Rut 1,13). Es tal su tristeza que ni siquiera quiere ser llamada por su nombre Noemí, que quiere decir «mi dulzura», sino Mará, es decir «amargada» (1,20). Estaba realmente desanimada esta mujer.

A pesar de todo esto, Rut decide unir la propia vida a la de esa suegra y con convicción le dice: «No insistas en que te abandone y me separe de ti, porque donde tú vayas, yo iré, donde habites, habitaré. Tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios. Donde tú mueras moriré y allí seré enterrada. Que Yahveh me dé este mal y añada este otro todavía - es una forma de juramento - si no es tan sólo la muerte lo que

nos ha de separar» (1,16-17). Palabras realmente generosas - ¡pensando en una nuera y una suegra, cuyas relaciones tradicionalmente no son las mejores! - porque el futuro que se presenta delante de Rut ciertamente no es sereno. Y esto la pinta como una mujer generosa que realmente amaba a la suegra. Las dos mujeres viajan hacia Belén, pero cada día Rut debe buscar comida para vivir; sus jornadas pasan en la incertidumbre y en la precariedad. Resulta espontáneo preguntarse: ¿ha hecho bien Rut uniéndose a la suegra? Todavía era joven, seguramente habría encontrado en Moab otro marido... ¿Por qué esta decisión tan arriesgada? El libro sagrado da ya una primera respuesta: Rut se ha fiado de Dios y ha actuado por el gran afecto respecto a la anciana suegra, que de otra manera se hubiera quedado sola y abandonada. Pensad que en aquella época las viudas eran abandonadas y nadie cuidaba de ellas, y el Señor era el único que sanaba... La historia de Rut tendrá un final feliz: mientras está espigando encuentra a Booz, un rico hombre noble que se demuestra bien dispuesto hacia ella; reconoce que su generosidad hacia la suegra la concede una dignidad tal como para no ser considerada ya una forastera, sino plenamente parte del pueblo de Israel. La mujer extranjera y pobre, obligada a buscar la comida cotidiana, por su fidelidad y bondad es recompensada con la abundancia de los dones. Las palabras del Magnífico, que María pronuncia, son anticipadas en la vida de Rut: «exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes» (Lc 1,52-53).

Podemos sacar también para nosotros una gran enseñanza. Rut no es hija de Abraham según la sangre; ella sigue siendo moabita y siempre será llamada así, pero su fidelidad y generosidad le permiten entrar con todos los derechos en el pueblo de Israel. Dios, de hecho, no abandona a

quien se fía de Él, sino que va a su encuentro con un amor que recompensa más allá de todo deseo. Rut deja transpirar los rasgos de la misericordia cuando no deja sola a Noemí, sino que comparte con ella su futuro; cuando no se conforma con quedarse cerca de ella, sino con ella, comparte la fe y la experiencia de ser parte de un nuevo pueblo; cuando está dispuesta a superar todos los obstáculos para permanecer fiel. Lo que obtenemos es verdaderamente el rostro de la misericordia que se manifiesta con compasión y compartir.

Esta figura de Rut es un icono de cómo se pueden superar las muchas formas de exclusión y marginación que se anidan en nuestros comportamientos. Si meditamos los cuatro capítulos que componen este breve libro, descubrimos una riqueza increíble. Esas pocas páginas hacen emerger la confianza en el amor de Dios que va al encuentro de todos. Aún más: se revela que Dios conoce la belleza interior de las personas incluso si no tienen todavía la fe del pueblo elegido; está atento a sus sentimientos, sobre todo a la fidelidad, a la lealtad, a la generosidad y a la esperanza que alberga en el corazón de las personas cuando son puestas a prueba. En su sencillez este pasaje revela una sorprendente riqueza de significados. Ser generosos se manifiesta como la elección justa y valiente que nunca debe fallar en nuestra existencia sacerdotal.

Queridos hermanos Misioneros de la Misericordia, en el Libro de Rut Dios no habla nunca, nunca, no hay una palabra. Es nombrado muchas veces; los personajes hacen referencia a Él a menudo, pero Él permanece en silencio. Descubrimos sin embargo que Dios comunica precisamente a través de Rut. Cada gesto de bondad hacia Noemí, que se considera «amargada por Dios», se convierte en el signo tangible de la cercanía y de la bondad del Señor. A través de esta figura, somos invitados tam-

bién nosotros a acoger la presencia de Dios en la vida de las personas. El recorrido que es experimentado a menudo es arduo, difícil, a veces también lleno de tristeza; Dios sin embargo se pone en este camino para revelar su amor. Nos corresponde a nosotros, con nuestro ministerio, dar voz a Dios - esto es importante: nosotros Misioneros de la Misericordia damos voz a Dios - y mostrar el rostro de su misericordia. Depende de nosotros. Una persona que encuentra a uno de vosotros debe cambiar los sentimientos, los pensamientos sobre Dios: «Ahora, con este misionero, he entendido, he sentido quién es Dios». No olvidemos nunca que Dios no actúa en la cotidianidad de las personas mediante actos impactantes, sino de forma silenciosa, discreta, sencilla, tanto como para manifestarse a través de las personas que se vuelven sacramento de su presencia. Y vosotros sois un sacramento de la presencia de Dios.

Os pido que tengáis lejos de vosotros toda forma de juicio y anteponer siempre la voluntad de comprender la persona que tenéis delante. Nunca os detengáis en un solo detalle, sino mirad la totalidad de su vida. ¡Es una vida que se arrodilla para pedir perdón! Y ¿quién soy yo para no perdonar? «Pero el canon tal dice esto, por eso no puedo...». Cállate. Tienes delante a una mujer o un hombre que te pide perdón, y tú tienes el perdón en el bolsillo. ¿Se quedará en tu bolsillo? ¿O tu generosidad lo dará? «Pero debemos ser precisos en el perdón...». No, tú no eres apto para ser misionero de la misericordia. Ve a una cartuja para rezar por tus pecados. Esto no va. Dios no se detiene en la apariencia, y si tuviera que juzgar solo por las culpas, ¡probablemente no se salvaría nadie! ¿Quién de nosotros no las tiene? No es así que se expresa la misericordia. Esta sabe mirar al corazón de una persona, donde se es-



conde el deseo, la nostalgia de querer volver al Padre y a su casa (cf. Lc 15,18-20).

Esta es la exhortación que os hago: tener siempre a mano la manta de la misericordia - pensemos en Noé -, para envolver con su calor a los que se acercan a nosotros para ser perdonados; ofrecer consuelo a los que están en la tristeza y en la soledad; ser generosos como Rut, porque sólo así el Señor os reconocerá como sus fieles ministros. «Pero, Padre, usted sabe que en este mundo moderno, con tantas cosas raras, tantos pecados nuevos, nunca se sabe, porque yo le perdono, pero quizá mañana vuelva a pedir otro perdón». ¿Y qué te sorprende? La misma pregunta había hecho Pedro al Señor, y la respuesta fue: «setenta veces siete». Siempre. Siempre el perdón. No posponerlo. «No, debo consultar al moralista...». No posponerlo. Hoy. «Pero no sé si está convencido». Mira, es una persona que te pide el perdón: ¿quién eres tú para preguntar si está convencido o no está convencido? Tú crees en la palabra, y perdona. Perdona siempre. Por favor, perdona siempre. Con el perdón de Cristo no se juega, no se bromea.

Y, antes de terminar, quisiera - esto lo he dicho otras veces - recordar a un gran confesor, más bien a dos, que conocí en mi diócesis precedente. Uno era un sacramentino, un hombre de gobierno, fue provincial, pero nunca dejaba el confesionario. ¡Y había cola! Era anciano, y te escuchaba, y la única cosa que decía era: «Bueno, bueno, bueno...». Dios es bueno, y adiós. No iba a humear en las circunstancias. Y yo he pecado contra este hombre porque, cuando murió, fui y vi el ataúd sin flores; fui a la floristería, compré flores y se las llevé. Y mientras ponía las flores, vi el rosario... y robé la cruz. Y le dije: «dame la mitad de tu misericordia». Pensando en Eliseo: «Dame la mitad de tu misericordia». Y la cruz la llevo aquí dentro, siempre, conmigo. Un buen hombre. Otro vive todavía: el otro día le llamé por teléfono porque cumplía 95 años. Él confiesa todo el día. Una cola enorme de gente: hombres, mujeres, niños, jóvenes, sacerdotes, obispos, religiosas, todos, todo el pueblo de Dios. Y él confiesa. Y un día vino a verme, al obispado y me dijo: «Escucha, yo tengo un poco de escrúpulo, porque creo que perdono demasiado». Un capuchino, bueno, este; el otro era sacramentino, este capuchino. «¿Y qué haces, cuando perdonas demasiado?» - «Eh, yo voy a la capilla y digo: «Señor, perdóname, porque he perdonado demasiado», pero enseguida me viene una cosa dentro y le digo al Señor: «Pero, estate atento, porque eres Tú el que me dio un mal ejemplo: ¡Tú has perdonado demasiado!»». Pensad en estos dos ejemplos, y no os canséis de perdonar, porque Él nunca se cansa de perdonar, nunca.

Os bendigo a todos y os acompaño con la oración, para que vuestro ministerio sea profundo. Y no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

El nuncio apostólico es un constructor de puentes

VIENE DE LA PÁGINA 1

bien de mirar la realidad con un «con corazón compasivo para solidaria y valientemente colaborar en el cambio hacia lo verdaderamente bueno para todos y para cada uno». El sábado 23, en la capilla del seminario de Autlán, en la vigilia de la fiesta de la Divina misericordia, el cardenal había presidido la ordenación episcopal de monseñor Javier Herrera Corona, nombrado por el Papa Francisco nuncio apostólico en la República del Congo y en Gabón, y al mismo tiempo elevado a la dignidad de arzobispo titular de Vulturara. Durante la homilía, el purpurado había subrayado que el «don del Espíritu, la plenitud del sacerdocio y la potestad de enseñar, santificar y gobernar la porción del pueblo de Dios que se te encomienda» requieren una «respuesta generosa, valiente y constante». Dirigiéndose al nuevo obispo, el secretario de Estado lo había invitado a cultivar la «relación personal con el Señor», que «será entonces tu mayor fuerza y consolación, el puerto seguro al que volver y del que partir para evitar el peligro de naufragar y para discernirlo todo a la luz del Evangelio, con ánimo abierto y sabia prudencia». Se trata de proponer a Cristo, en armonía con toda la Iglesia y en obediencia al Papa, que ha recibido del Señor el seguro carisma de uni-

dad y discernimiento; de llegar a ser, «con la propia conducta de vida, un testimonio creíble del amor de Dios para su pueblo y para cada ser humano, que la misericordia infinita de Dios quiere salvar»; de actuar de manera tal que «los carismas y los dones, tanto de los individuos como de los grupos, encuentren una síntesis eficaz, que no ahogue la creatividad y las buenas iniciativas que el Espíritu suscita en cada uno, sino que las coordine y las armonice». De este modo la Iglesia, «iluminada por la luz que viene de Cristo y armónicamente adornada de una multiforme belleza, no se replegará en sí misma, sino que resplandecerá en su vida fraterna y resultará siempre nueva y atrayente». A las tareas que son propias de cualquier obispo, el representante pontificio añade otras específicas y propias. El nuncio apostólico es de hecho «un creador de puentes, un pontífice en un sentido completamente peculiar». Cada sacerdote pone «en relación al ser humano con Dios, se hace puente entre lo humano y lo divino para que no se interrumpa la comunicación recíproca». Cada alma consagrada habla a Dios del hombre y al hombre de Dios, «intercede ante Dios por el pueblo, le enseña y le amonesta para que respete la ley de Dios, que no es una ley que oprime y esclaviza, sino una ley de salvación y de liberación auténtica, porque libera del pe-

cado, fuente de toda esclavitud».

Si cada sacerdote, cada obispo es por tanto un «pontífice», el nuncio es, en particular, «un puente entre el Papa y la Santa Sede y los estados y las organizaciones internacionales». Él es también un puente «entre la Iglesia universal y cada Iglesia particular». Por tanto dará a conocer «las principales directrices de la doctrina social de la Iglesia y el magisterio de los Papas acerca de la defensa de la vida humana en cada una de sus etapas, desde su concepción hasta su muerte natural», mostrará la preocupación del Papa por «el deterioro en todo el planeta de las condiciones ambientales y climáticas, fuente de desequilibrios y riesgos para la humanidad», y actuará en cada contexto «para favorecer el entendimiento y la paz entre las naciones», que «está siempre en peligro a causa de las injusticias y de la avaricia que el egoísmo humano no cesa de suscitar». Por otro lado, el nuncio apostólico, «cultivando buenas relaciones con las diócesis y sus obispos, conociendo a los sacerdotes, religiosas y religiosos, laicos y en general al pueblo de Dios, estará en la mejor condición para informar a la Santa Sede sobre la vida de las Iglesias, sobre sus cualidades particulares, sobre sus peculiaridades y sobre las cuestiones abiertas y los problemas que, incluso en los momentos más serenos, no faltan nunca».

El Papa reitera la necesidad de una alianza entre las generaciones

Cuando la juventud da de nuevo entusiasmo a los ancianos

«Si los jóvenes se abren a la gratitud por lo recibido y los ancianos toman la iniciativa de relanzar su futuro, ¡nada podrá detener el florecimiento de las bendiciones de Dios entre los pueblos!». Lo dijo el Papa Francisco en la catequesis sobre el valor de la tercera edad que tuvo lugar durante la audiencia general del miércoles 27 de abril, en la plaza de San Pedro. A continuación el texto de la catequesis.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Hoy seguimos reflexionando sobre los ancianos, sobre los abuelos, sobre la vejez, parece fea la palabra, pero no, ¡los ancianos son geniales, son bellos! Y hoy nos dejaremos inspirar por el espléndido libro de Rut, una joya de la Biblia. La parábola de Rut ilumina la belleza de los vínculos familiares: generados por la relación de pareja, pero que van más allá del vínculo de pareja. Vínculos de amor capaces de ser igualmente fuertes, en los cuales se irradia la perfección de ese poliedro de los afectos fundamentales que forman la gramática familiar del amor. Esta gramática lleva savia vital y sabiduría generativa en el conjunto de las relaciones que edifican la comunidad. Respecto al Cantar de los Cantares, el libro de Rut es como la otra cara del díptico del amor nupcial. Igualmente importante, igualmente esencial, celebra el poder y la poesía que deben habitar los vínculos de generación, parentesco, entrega, fidelidad que envuelven a toda la constelación familiar. Y que se vuelven incluso capaces, en las coyunturas dramáticas de la vida de pareja, de llevar una fuerza de amor inimaginable, capaz de relanzar la esperanza y el futuro.

Sabemos que los lugares comunes sobre vínculos de parentela creados por el matrimonio, sobre todo el de la suegra, ese vínculo entre suegra y nuera, hablan contra esta perspectiva. Pero, precisamente por esto, la palabra de Dios se vuelve valiosa. La inspiración de la fe sabe abrir un horizonte de testimonio contra los prejuicios más comunes, un horizonte valioso para toda la comunidad humana. ¡Os invito a redescubrir el libro de Rut! Especialmente en la meditación sobre el amor y en la catequesis sobre la familia.

Este pequeño libro contiene también una valiosa enseñanza sobre la alianza de las generaciones: donde la juventud se revela capaz de dar de nuevo entusiasmo a la edad madura —esto es esencial: cuando la juventud da de nuevo entusiasmo a los ancianos—, donde la vejez se descubre capaz de reabrir el futuro para la juventud herida. En un primer momento, la anciana Noemí, si bien conmovida por el afecto de las nueras, que quedan viudas de sus dos hijos, se muestra pesimista sobre su destino dentro de un pueblo que no es el de ellas. Por eso anima afectuosamente a las jóvenes mujeres a volver a sus familias para rehacerse una vida —eran jóvenes estas mujeres viudas—. Dice: «No puedo hacer nada por vosotras». Ya esto se muestra como un acto de amor: la mujer anciana, sin marido y ya sin



hijos, insiste para que las nueras la abandonen. Pero también es una especie de resignación: no hay futuro posible para las viudas extranjeras, privadas de la protección del marido. Rut sabe esto y resiste a esta oferta generosa, no quiere volver a su casa. El vínculo que se ha establecido entre suegra y nuera ha sido bendecido por Dios: Noemí no puede pedir que la abandone. En un primer momento, Noemí aparece más resignada que feliz de esta oferta: quizá piensa que este extraño vínculo agravará el riesgo para ambas. En ciertos casos, la tendencia de los ancianos al pesimismo necesita ser contrarrestada por la presión afectuosa de los jóvenes.

De hecho, Noemí, conmovida por la entrega de Rut, saldrá de su pesimismo e incluso tomará la iniciativa, abriendo para Rut un nuevo futuro. Instruye y anima a Rut, viuda de su hijo, a conquistar un nuevo marido en Israel. Booz, el candidato, muestra su nobleza, defendiendo a Rut de los hombres que trabajan para él. Lamentablemente, es un riesgo que se verifica también hoy.

El nuevo matrimonio de Rut se celebra y los mundos son de nuevo pacificados. Las mujeres de Israel dicen a Noemí que Rut, la extranjera, vale «más que siete hijos» y que ese matrimonio será una «bendición del Señor». Noemí, que estaba llena de amargura y decía también que su nombre es amargura, en su vejez conocerá la alegría de tener una parte en la generación de un nuevo nacimiento. ¡Mirad cuántos «milagros» acompañan la conversión de esta anciana mujer! Ella se convierte al compromiso de volverse disponible, con amor, por el futuro de una generación herida por la pérdida y con el riesgo de abandono. Los frentes de la recomposición son los mismos que, en base a las probabilidades trazadas por los prejuicios del sentido común, deberían generar fracturas insuperables. Sin embargo, la fe y el amor consiguen superarlos: la suegra supera los celos por el propio hijo, amando el nuevo vínculo de Rut; las mujeres de Israel superan la desconfianza por el extranjero (y si lo hacen las mujeres, todos lo harán); la

vulnerabilidad de la mujer sola, frente al poder del hombre, es reconciliada con un vínculo lleno de amor y de respeto.

Y todo ello porque la joven Rut se ha empeñado en ser fiel a un vínculo expuesto al prejuicio étnico y religioso. Y retomo lo que he dicho al principio, hoy la suegra es un personaje mítico, la suegra no digo que la pensamos como el diablo pero siempre se piensa en ella como una figura mala. Pero la suegra es la madre de tu marido, es la madre de tu mujer. Pensemos hoy en este sen-

timiento un poco difundido de que la suegra cuanto más lejos mejor. ¡No! Es madre, es anciana. Una de las cosas más bonitas de las abuelas es ver a los nietos, cuando los hijos tienen hijos, reviven. Mirad bien la relación que vosotros tenéis con vuestras suegras: a veces son un poco especiales, pero te han dado la maternidad del cónyuge, te han dado todo. Al menos hay que agradecerlas felices, para que lleven adelante su vejez con felicidad. Y si tienen algún defecto hay que ayudarlas a corregirse. También a vos-

otras suegras os digo: estad atentas a la lengua, porque la lengua es uno de los pecados más malos de las suegras, estad atentas. Y Rut en este libro acepta a la suegra y la hace revivir y la anciana Noemí asume la iniciativa de reabrir el futuro para Rut, en lugar de limitarse a disfrutar de su apoyo. Si los jóvenes se abren a la gratitud por lo recibido y los ancianos toman la iniciativa de relanzar su futuro, ¡nada podrá detener el florecimiento de las bendiciones de Dios entre los pueblos! Por favor, que los

jóvenes hablen con los abuelos, que los jóvenes hablen con los ancianos, que los ancianos hablen con los jóvenes. Este puente debemos restablecerlo fuerte, hay ahí una corriente de salvación, de felicidad. Que el Señor nos ayude, haciendo esto, a crecer en armonía en las familias, esa armonía constructiva que va de los ancianos a los más jóvenes, ese bonito puente que nosotros debemos custodiar y cuidar.

«¡Os pido perseverar en la oración incesante por la paz. Callen las armas, también los que tienen el poder de detener la guerra, escuchen el grito de paz de toda la humanidad!». Son las palabras dirigidas por el Pontífice a los peregrinos de lengua portuguesa al finalizar la audiencia, antes del canto del Pater Noster y de la bendición apostólica. A continuación el saludo del Papa a los peregrinos de lengua española.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Los animo a ver los milagros que se producen en este breve episodio y a intentar sacar una lección para nuestra vida. Aprendamos de Noemí a recuperar el ánimo y a estar disponibles para recomponer las heridas de los jóvenes que necesitan nuestro apoyo. De ese modo, superaremos las barreras de la desconfianza y reconstruiremos vínculos de amor y respeto en la sociedad. Que el Señor los bendiga. Muchas gracias.

¿En post-pandemia y post-guerra saldremos mejores o peores?

Un interrogante planteado entre dos pentecostés

MARCELO FIGUEROA

Hace casi dos años, en ocasión del Pentecostés del 2020, el Papa Francisco lanzó un llamado profético que lo ha repetido en varias oportunidades: «Cuando salgamos de esta pandemia, no podremos seguir haciendo lo que veníamos haciendo, y cómo lo veníamos haciendo. No, todo será distinto». Continuó diciendo en aquel video mensaje en español: «De las grandes pruebas de la humanidad, y entre ellas de la pandemia, se sale o mejor o peor. No se sale igual... Sobre el cierre, señalo que si no vivimos para ser juzgados según lo que nos dice Jesús, «no vamos a salir mejores», y recordó que esa tarea que nos dejó Jesús es «de todos» los cristianos, y lo es «de todos los carismáticos unidos». Fue un mensaje profético, ecuménico, que todavía resuena en cosmos y que en estos días de «post pandemia» y guerra tiene un triste y actual cumplimiento.

La similar mirada profética y ecuménica la escribió el Papa Francisco en su encíclica *Fratelli tutti* sobre cómo quedaría el mundo ante la posibilidad de un conflicto bélico: «Toda guerra deja al mundo peor que como lo había encontrado. La guerra es un fracaso de la política y de la humanidad, una claudicación vergonzosa, una derrota frente a las fuerzas del mal». (FT #261). La encíclica dedica siete apartados para referirse a «La injusticia de la guerra» (FT #256-262). La post guerra, al igual que la post pandemia llegará. Sobre la primera ya conocemos el resultado, salimos inexorablemente peores; y sobre la segunda, estando muy cerca de caer en los mismos males, quizá aún podamos torcer el sino trágico de la mano de la esperanza pentecostal.

Entre los dos párrafos citados, su reflejo con la actualidad y las festividades inminentes, encontramos dos celebraciones de Pentecostés. Cada año litúrgico, luego del tiempo Pascual, los cristianos comenzamos a transitar el camino hacia el derramamiento del Espíritu Santo. La llegada de ese Consolador o Paracleto a los apóstoles y mujeres que será el cumplimiento de una nueva era profetizada: El advenimiento de la Iglesia. Desde ese momento, para ninguno de los presentes en el relato bíblico, y hasta nosotros por la fe, nada volvió ni volverá a ser igual en el Reino de Dios. La esperanza del fuego pentecostal, la espera del Espíritu sobre toda carne y la pluralidad sinfónica de diferentes lenguas constituyó un acontecimiento fundante. Un nuevo viento fuerte de cambio, un fuego abrasador de santidad y una fuerza de anuncio del reino de Paz fueron los signos inmediatos de semejante acontecimiento divino. Todos esos sucesos impresionantes narrados por San Lucas en su segundo tratado, llamado por la tradición Hechos de los Apóstoles, nos deben hablar en estos tiempos de una manera renovada. Atrás y vencidos habían quedado el poder de la corrupción, la tortura, la muerte y el sepulcro. El resucitado se apreció con un saludo constante «¡La paz sea con ustedes!» (Jn 20,21). ¡Esa palabra que tanto deseamos, oramos y clamamos por estos tiempos! A Tomás le fue necesario tocar la llaga de Jesús (Jn 20,24-31). Seguramente en este camino pre pentecostal, nos corresponde a nosotros tocar la llaga de nuestros hermanos masacrados por la guerra. Siguiendo el apartado #261 de FT ya citado, leemos: «No nos quedemos en discusiones teóricas, tomemos contacto con las heridas, toquemos la carne de los perjudicados. Volvamos a contemplar a tantos civiles

masacrados como «daños colaterales». Preguntemos a las víctimas. Prestemos atención a los prófugos, a los que sufrieron la radiación atómica a los ataques químicos, a las mujeres que perdieron sus hijos, a los niños mutilados o privados de su infancia. Prestemos atención a la verdad de esas víctimas de violencia, miremos la realidad de sus ojos y escuchemos sus relatos con el corazón abierto. Así podremos reconocer el abismo del mal en el corazón de la guerra y no nos perturbará que nos traten de ingenuos por elegir la paz». Transitando juntos y por fe con los caminantes de Emaús, y reconociendo que «ya está atardeciendo y casi es de noche» en esta humanidad dolida, pidamos nuevamente a Cristo «quédate con nosotros» (Lc 24,29). Permitamos que nuestros corazones heridos por tanta guerra y desesperanzados por tanto dolor, vuelvan a arder dejando que Él nos abra las Escrituras, la palabra de vida y paz (Lc 24,32). Contemplando la Asunción de nuestro Señor (Lc 24,50-53 y Hch 1, 1-11), elevemos nuestros espíritus cansados y nuestras almas confundidas a la esperanza de un tiempo nuevo, mejor y de paz. Porque «si se quiere un verdadero desarrollo humano integral para todos, se debe continuar incansablemente con la tarea de evitar la guerra entre las naciones y los pueblos» (FT #257)

Que en el derrotero de este Pentecostés 2022, transitemos los caminos de la esperanza carismática que nos lleve a ser mejores. Porque solo la paz es justa, sola la paz es santa, sola la paz nos hace mejores, solo la paz refleja el espíritu anhelado de Pentecostés. Porque «es muy difícil sostener los criterios racionales madurados en otros siglos para hablar de una posible «guerra justa». ¡Nunca más la guerra!» (FT #258)